

PRIMERAS JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA SOCIAL
30, 31 de mayo y 1 de junio de 2007
La Falda - Córdoba

Mesa 12: Grupos sociales, identidades y espacios de sociabilidad.

Autor: Tortti, María Cristina

Inserción institucional: Universidad Nacional de La Plata

Situación de revista: Docente- investigador

Dirección particular: Diag. 73 n° 944; mctortti@way.com.ar

Dirección institucional: 48- 6 y 7; deptoso@huma.fahce.unlp.edu.ar

Título:

“El peronismo, la revolución cubana y las transformaciones de la identidad socialista a principios de los sesenta”

Resumen:

Se mostrarán los procesos que, a partir de 1955, incidieron en la desorganización de la tradicional identidad del socialismo en la Argentina y condujeron a sucesivas divisiones del PS. Este Partido, si bien había apoyado a la Revolución Libertadora, entre 1955 y 1959 recibió el impacto combinado de la “resistencia peronista” y del triunfo de la revolución Cubana. Ambos procesos, que incidieron sobre todo en la juventud PS, provocaron una radicalización que, en el plano discursivo, llevó a re-examinar la caracterización del peronismo, y sobre todo, a considerarlo como “movimiento de liberación nacional” con potencialidades revolucionarias; y en el plano práctico, alentó estrategias de acercamiento con los sectores combativos del peronismo, y con los grupos que comenzaban a definirse como integrantes de una “nueva izquierda”. Se destacará que, en unos pocos años, la izquierda socialista adquirirá una identidad alejada de la que era tradicional en el PS: de la combinación de la doctrina socialista con elementos de la tradición liberal, se pasará a otra que privilegia la articulación de contenidos propios del “nacionalismo popular”. Se revisará el tratamiento de ciertos temas y “cuestiones” en publicaciones de la Juventud y de los sectores socialistas renovadores y de izquierda, tales como *Sagitario*, *Situación y Che*, que ilustran acabadamente ese tránsito. A la vez, dicho tránsito será vinculado con las características y la conflictiva política de un período caracterizado por la proscripción del peronismo, la “dualidad” del régimen político y el envilecimiento de las instituciones

democráticas, a través de la vigencia de lo que G. O'Donnell ha considerado como reglas de un "juego imposible".

PONENCIA

1- La izquierda tradicional y la nueva izquierda

Dentro del desparejo campo de los estudios sobre la nueva izquierda argentina, resulta un lugar común aludir a su irrupción como un fenómeno engendrado por el Cordobazo y propagado luego a la década del setenta. Y si bien es cierto que esta nueva izquierda alcanzó su máxima expansión a partir de la eclosión social del '69, y del crecimiento de la guerrilla durante los setenta, su presencia se venía manifestando sostenidamente a lo largo de la década anterior. Como es sabido, una de las raíces de ese proceso se encuentra en el campo intelectual y cultural de los sesenta, signado por el cruce entre tendencias modernizantes e ideas de corte revolucionario y en el que ocupó un lugar destacado el tema del "compromiso" de los intelectuales que, desde la simpatía por la "causa del pueblo" evolucionaría hacia formas de participación política directa –incluyendo muchas veces un cierto desdén por la tarea propiamente intelectual. La amplia recepción de temas del debate teórico y político internacional se articuló con el entusiasmo despertado por la Revolución Cubana y otros procesos de liberación nacional, y ambos con cuestiones nacionales que, como la del peronismo, permanecían irresueltas. O. Terán (1991) ha señalado que ese recorrido intelectual y político fue acompañado por un proceso de "autoculpabilización" por parte de los intelectuales, debido a su "histórico" alejamiento de los sectores populares, en particular del peronismo.

De manera casi natural, ese malestar se convirtió en crítica a los Partidos Socialista y Comunista (PS y PC), que si bien tenían escaso peso político-institucional, gozaban de considerable prestigio en los sectores medios e intelectuales. De modo que ellos sufrirán primero el embate crítico, y luego el alejamiento, de los sectores en proceso de radicalización que, en muchos casos también era de "peronización". En "Peronismo y cultura de izquierda", C. Altamirano (2001) identifica las cuestiones que, a su juicio, habrían provocado la emergencia de la "situación revisionista" respecto del peronismo y analiza los

principales núcleos de resignificación que hicieron posible la articulación -discursiva, y luego política- entre peronismo y socialismo.

Desde el punto de vista que aquí se adopta, y porque entre nosotros estos procesos trascendieron los límites de una "revuelta" puramente cultural para conectarse con procesos sociales y políticos más amplios, parece necesario identificar no sólo los términos del debate teórico sino, además, avanzar en la reconstrucción de los procesos mediante los cuales las nuevas ideas se convirtieron en ideales, y éstos en proyectos políticos de corte revolucionario. Pensamos que, en buena medida, ello puede rastrearse en el surgimiento de numerosos grupos que, durante los años del "frondizismo" buscaron primero la renovación de sus propios partidos, para luego protagonizar variadas experiencias de ruptura. Dichos grupos, a su vez, actuaron como "eslabones" en un proceso que puede calificarse como de reorganización de las vanguardias y que condujo a la temprana fragmentación -casi estallido- del Socialismo y a la irreversible erosión del prestigio del PC - hasta que sobrevino la gran ruptura de los años 1967-68-. Aunque de vida generalmente efímera, esas experiencias permiten apreciar la emergencia de "puntos de ruptura" en las certezas de la izquierda que, a la vez operarían como "puentes" con otras tradiciones políticas -también en proceso de radicalización- y que ya no encontraban cauce natural en los respectivos partidos. Por otra parte, la manera fluida en que en estos grupos circulaban ideas y personas, así como el horizonte de las apuestas políticas en las que cifraban expectativas, muestran que por entonces, pese al común entusiasmo por la Revolución Cubana, aún no se había consolidado la convicción de que había una sola "vía" al socialismo.

2- El caso del Partido Socialista

Durante los años que siguieron al derrocamiento del gobierno peronista, el Partido Socialista (PS) se vio atravesado por una compleja combinación de expectativas y contradicciones, cuyo despliegue llevaría, en poco tiempo, a un verdadero estallido y dispersión de las fuerzas partidarias.

Fuertemente debilitados por la pérdida de su base obrera -atribuida a la demagogia y a la represión ejercidas por el régimen caído-, los socialistas pensaron inicialmente que en las nuevas condiciones se produciría la "desperonización" de las masas y su consecuente reorientación hacia el "verdadero" e histórico partido de los trabajadores. Sin embargo, esta

creencia -compartida por muchos en la izquierda- se vio rápidamente desmentida por los hechos que, por el contrario, mostraron que la adhesión de los trabajadores al peronismo no era un rasgo transitorio ni el fruto de la pura manipulación política.

El PS, que se había opuesto sistemáticamente al gobierno peronista -y que por eso había sido perseguido-, se comprometió fuertemente con la “Revolución Libertadora”, sobre todo en su primera etapa. Es que, como consecuencia de un largo proceso que se acentuó durante el decenio peronista, en el Partido se había consolidado el predominio de los sectores más tradicionales -o “liberales”-, liderados por Américo Ghioldi. Sin embargo, tanto entre algunos viejos dirigentes como -y sobre todo- entre los nuevos afiliados, fue creciendo un profundo malestar hacia ese alineamiento que comenzaron a percibir como “complicidad” con la política “anti obrera” y represiva del gobierno militar.

Desde entonces, el PS vivió en un estado de tensión -que luego se convertiría en enfrentamiento interno- hasta que, en 1958, se dividió en PS “Argentino” (PSA) y PS “Democrático” (PSD). Mientras que en el PSD se reagruparon los sectores “liberales”, el PSA inició su camino marcado por una cierta heterogeneidad interna ya que en él convivían dirigentes y afiliados de posiciones “moderadas” -de tipo socialdemócrata-, tales como Alfredo Palacios, Alicia Moreau de Justo y Carlos Sánchez Viamonte, con otros más jóvenes y “radicalizados”, tales como Abel A. Latendorf, David Tieffenberg, Pablo Giussani y Elías Semán.

En lo que sigue se presenta, a grandes trazos, la trayectoria del PSA cuando, una vez producida la escisión, se vio ante la necesidad de definir su propio perfil en las nuevas condiciones planteadas por el gobierno de Arturo Frondizi cuya fórmula política combinaba la promesa del “desarrollo” económico con una estrategia destinada a lograr la “integración” política del peronismo. Entonces, el PSA se vio enfrentado a varias “cuestiones” que pondrían a prueba tanto su capacidad para situarse en el nuevo escenario político como los límites de su unidad ideológica que no había quedado resuelta con la escisión del “ghioldismo”. Dichas “cuestiones” podrían sintetizarse en las siguientes:

1-cómo salir del antiperonismo cerrado -“gorilismo”- y, en tanto socialistas, acercarse a los trabajadores que, en su mayor parte, se identificaban con el peronismo proscrito.

2- qué actitud asumir ante las próximas convocatorias electorales

3- cuál sería el camino más adecuada para lograr el crecimiento de una alternativa socialista en el país, optando entre privilegiar la construcción de un partido socialista y netamente “clasista” ó la de un frente político y social con otras fuerzas populares y de izquierda.

4- cuál la estrategia política que, siendo acorde con los principios del socialismo, se adecuara al “estado de conciencia” de las masas, lo cual incluía el espinoso tema de las “vías” -democrática ó insurreccional-, para acceder al poder.

5- cómo situarse ante las diversas corrientes –“duras” ó “blandas”-que se cruzaban en el peronismo.

6-cómo relacionarse con el Partido Comunista (PC), atendiendo tanto a su alineamiento internacional como a su estrategia “etapista” para la revolución en Argentina.

El desarrollo de estas y otras cuestiones -que pueden seguirse en publicaciones tales como *Sagitario*, *Situación* y *Che*-, irá produciendo una creciente diferenciación política dentro del Socialismo Argentino, distanciando cada vez más a los sectores “moderados” de aquellos más comprometidos con posiciones de corte “revolucionario”. Este proceso se iría acentuando al calor de la radicalización de la Revolución Cubana y del acercamiento con el peronismo -sobre todo con su “línea dura”-, propiciado por la izquierda partidaria. Y, si bien entre 1959 y 1961, el Partido registró un interesante crecimiento y obtuvo algún resonante éxito electoral -como el de A. Palacios en la Capital-, no logró detener el enfrentamiento interno. Dicho enfrentamiento se aceleró después del congreso partidario de 1960 –en el que se proclamó la línea del “frente de trabajadores”-, y desembocó en el contradictorio proceso electoral interno de mayo de 1961, y en una nueva ruptura de la que surgió el PSA “de Vanguardia” (PSAV).

A su vez, el PSAV y el grupo que le dio origen, pueden ser ubicados en el campo de la naciente “nueva izquierda”, al lado y en competencia con otros grupos que, provenientes de diversas tradiciones políticas, también se estaban escindiendo de sus organizaciones de origen, unidos por la certeza de que había llegado la hora de la “revolución”; todos ellos buscaban combinaciones políticas que, de alguna manera, articularan peronismo y socialismo, y también, casi todos ellos, se deslizaron más o menos rápidamente hacia la

convicción de que la apelación a la lucha armada sería inevitable en algún momento del proceso de liberación nacional y social.

3- La revista *Che*: Cuba y el peronismo

Pero antes de que las escisiones y divisiones se precipitaran, se desarrolló un interesante intento de confluencia entre comunistas y socialistas argentinos que impulsaron la edición de la Revista *Che*. Esta empresa político-periodística surgió a fines de 1960 por iniciativa de un grupo de militantes de la izquierda del PSA cuya intención era la de “crear un área de acuerdos para los debates en la izquierda” y que, en palabras de A. A. Latendorf, se proponía “llegar al progresismo que, por entonces incluía a “gran parte de la juventud universitaria, de la intelectualidad y los sectores más esclarecidos del sindicalismo” (1).

El grupo original estaba compuesto por Pablo Giussani - su director – y otros socialistas entre los que se contaban Abel A. Latendorf, Manuel Dobarro, Julia Constenla o Elías Semán, además de algunos intelectuales independientes o provenientes del frondizismo como Carlos Barbé, Susana Lugones, Francisco Urondo y David Viñas. Las expectativas estaban puestas en lograr la reorientación de los partidos de la izquierda y en el desarrollo revolucionario del peronismo, esperanzas que eran compartidas entre otros por J. W. Cooke –por entonces en Cuba-, con quien los miembros del grupo editor mantenían fluído contacto.

Con el fin de mantener su independencia, los socialistas decidieron que el financiamiento de la Revista estuviera a cargo del mismo grupo que, en más de una ocasión, se encontró con serias dificultades económicas . El primer número apareció en octubre de 1960, y después del nº 6 la publicación debió interrumpirse a raíz de los mencionados problemas financieros. En ese momento el PC manifestó su interés por participar de la Revista, aportando fondos e incorporando a algunos de sus militantes al grupo editor. De esta manera ingresaron Juan C. Portantiero –quien figura en el Comité de Redacción a partir del nº 10 -e Isidoro Gilbert - por entonces corresponsal de la Agencia Checa de Noticias-. De modo que, cuando a partir del nº 7 *Che* volvió a publicarse, ya era un proyecto compartido por ambos grupos, habiendo quedado la responsabilidad política por el lado de los comunistas a cargo de Héctor P. Agosti, aunque esta presencia nunca fue explicitada por la Revista (2).

Si algo caracterizó a “Che” fue su tono marcadamente “cubanista” y antimperialista así como el estilo osado y desafiante con que analizaba la situación nacional y enfrentaba a la dirigencia política - incluida la de izquierda “reformista” y la del peronismo “integracionista”. Un recorrido por sus páginas permite apreciar la convicción que la animaba respecto de que, con Cuba, se había abierto el ciclo de la revolución en latinoamérica y que, en la Argentina, ya estaban dadas las condiciones en virtud del alto grado de combatividad que demostraba la clase obrera. Extensas notas hacen la crónica de la conflictividad social en el interior del país, particularmente en Tucumán, donde la situación de cañeros y obreros es presentada como contracara de la reforma agraria cubana (3).

Por otra parte, el espacio dedicado al movimiento huelguístico -sobre todo el protagonizado por los obreros ferroviarios- va de la mano del atento seguimiento de las disputas entre “conciliadores” y “duros” en el sindicalismo, emblemáticos en las figuras de E. Cardoso por un lado y S. Borro o J. Di Pascuale, por el otro. A la vez, la línea de los “duros” es el hilo que les permite seguir la situación interna del peronismo y tomar posición por aquellos con quienes, teniendo ya importantes coincidencias, esperan converger en un gran movimiento político “popular y revolucionario” (4). Además, la presencia permanente de artículos referidos a Cuba y a los movimientos de liberación y procesos revolucionarios en América Latina, Asia y África son expresivos del horizonte dentro del cual se inscribe *Che*.

Uno de los focos que concentraba la atención de *Che*, particularmente en los artículos de P. Giussani y C. Barbé, es el referido a la descripción de las sinuosidades de Frondizi (5), de su tensa convivencia con los “factores de poder” -en particular con las Fuerzas Armadas-, de su política económica y de su acelerado deslizamiento represivo. Podría decirse que “Che” fue una mirada desde la izquierda del “juego imposible” en el que se debatía la política argentina a raíz de la proscripción del peronismo, y que en ella pueden apreciarse rasgos - y síntomas- de lo que J. C. Torre (1994) calificara como la “alienación política” de una generación que, decepcionada con el frondizismo, poco más adelante abrazaría con fervor un proyecto decididamente revolucionario.

En las páginas de la Revista pueden advertirse, tanto en la crónica como en el juicio, algunas certezas que funcionaban como ejes articuladores del análisis. Una de ellas es la

referida a que la “traición al programa nacional y popular” marcaba el fin de las expectativas respecto de la viabilidad de los “frentes nacional- populares” y de la participación de sectores de la burguesía nacional “progresista” en el proceso de liberación nacional.

Una y otra vez se marca que, abandonados los objetivos del “Programa del 23 de Febrero” (6), la política sólo podía envilecerse y reducirse a un mero juego de intrigas para retener el poder frente al hostigamiento de los “factores de poder”, y diseñar estrategias espurias destinadas a desactivar al peronismo mediante las mil fórmulas del “integracionismo”. Así, al promediar el gobierno de Frondizi, *Che* avisora que en el panorama político nacional “todo tiende a partirse”, y que “el país evoluciona hacia los extremos” dejando sin espacio a “los partidos intermedios” en los que, a la vez, se multiplican las disidencias internas. En tal sentido, se sigue con atención el cimbronazo producido en la UCRI por el cambio de rumbo de Frondizi y el itinerario que van recorriendo los grupos disidentes, tanto en el caso de los nueve parlamentarios que se apartan del bloque partidario para crear otro –el Bloque Nacional y Popular-, como en el de los sectores juveniles que se orientan hacia posiciones más claramente izquierdistas -que desembocará en la creación del Movimiento de Liberación Nacional –MLN- (7).

De acuerdo con su caracterización del nivel alcanzado por la oposición popular al gobierno -y de la tensión que dominaba la política nacional-, el grupo de *Che* vislumbraba para los próximos dos o tres años sólo dos alternativas: “el encumbramiento legal de las fuerzas populares o el derrumbe de la legalidad”. Ante esa perspectiva, la tarea de la izquierda no podía ser otra que la de encarar decididamente la creación de un “nuevo nucleamiento popular” que permitiera volcar hacia él al peronismo y a los sectores medios. Para ello, y atendiendo a las características de un país que como la Argentina contaba con un poderoso movimiento de masas, era necesario diseñar una estrategia socialista que no desdeñara incluir la utilización del recurso electoral.

4- La elección de Palacios: un triunfo que acelera el conflicto

Así, ante el llamado a elecciones para elegir senador por la Capital – a realizarse en febrero de 1961-, la Revista trabajó intensamente por la candidatura de A. Palacios, en la convicción de que era posible enfrentar unificadamente a la derecha si se utilizaba la

estructura legal del PSA, presentando un candidato socialista que, a la vez, pudiera concitar apoyos extrapartidarios y captar al electorado “vacante” por la proscripción de peronistas y comunistas. Pensaban, además, que si eso ocurría, se le estaría demostrando a Perón lo que para ellos era evidente: que su movimiento se estaba orientando decididamente hacia la izquierda y que quedaría en la orfandad política, si sus dirigentes no lo acompañaban en ese tránsito (8).

Producido el triunfo de Palacios, que había desarrollado su campaña con un fuerte tono opositor al gobierno y de exaltada adhesión a la Revolución Cubana, la Revista reflejó su euforia con títulos tales como “Cuba plebiscitada en Buenos Aires” y en notas que destacaban que el éxito alcanzado se debía al vuelco del electorado peronista. Mostraban, sobre todo, que en circunscripciones de fuerte composición obrera –como Mataderos- el retroceso del voto en blanco se correspondía con el aumento del voto al PSA. Afirmaban que, “por encima del hartazgo que provoca este simulacro de democracia”, en el país estaba tomando cuerpo un nucleamiento de izquierda que comenzaba a canalizar a los sectores populares ya que, en su opinión, los votos a Palacios habían tenido un contenido “netamente clasista” y revolucionario. Y que, en consecuencia, había llegado la hora de dejar atrás los “vicios de la izquierda liberal” para encarar decididamente la construcción de un “movimiento de liberación nacional” que, siguiendo el ejemplo de Cuba, se hiciera cargo de la “idiosincrasia del pueblo” (9).

Si bien la Revista no era expresión oficial de ninguno de los dos partidos, las posiciones allí sustentadas eran observadas con atención por las respectivas conducciones. Así, la dirección del PC marcó su postura a través de dos breves notas en las que Ernesto Giúdice advierte a los jóvenes de *Che* que la unidad buscada no debería ser reducida a un “frente de las izquierdas” sino que, por el contrario, debería ser situada en un marco más amplio, capaz de incluir tanto a peronistas y radicales desencantados como a sectores “progresistas” de la “burguesía nacional” (10).

En el PSA, y desde el punto de vista de las disputas internas que lo atravesaban, la situación se volvía crecientemente tensa. Mientras el recientemente electo senador Palacios suavizaba su discurso y tomaba distancia respecto de los “jóvenes iracundos”, *Che* publicaba notas en las que éstos dibujaban el perfil del Partido según sus propios términos. Así, la dirigente capitalina Elisa Rando afirmará que la “avalancha roja” de la Capital había

mostrado que el socialismo había podido expresar a la mayoría “antiimperialista, antioligárquica, proletaria y revolucionaria” recién después de haber logrado desprenderse del “reformismo” y avanzar hacia la construcción del “frente obrero”, propugnado por el 45° Congreso del Partido (11).

Expresiones como éstas no hacían más que anunciar tiempos de ruptura que, como ya fuera dicho, finalmente llegarían con los episodios de mediados de 1961 -en los que A. Palacios tuvo un importante papel. A partir de entonces, *Che* descargó duras críticas sobre el senador y sobre la “vieja” dirigencia socialista a la par que potenció su discurso radical (12), incrementó notablemente las notas referidas a Cuba, y dedicó una extensa cobertura a la Conferencia de Punta del Este y un minucioso seguimiento a las intervenciones de E. Guevara (13).

Más allá de la cerrada defensa del proceso cubano y la permanente referencia a la “primera derrota del imperialismo yankee en América Latina” - en alusión a la derrota de la invasión a Bahía Cochinos-, en esas notas adquieren presencia algunos temas que serían centrales en los debates que comenzaban a desarrollarse en el campo de la izquierda, tales como el de las “vías” para acceder al poder, el carácter y las etapas de la revolución, y la actitud a asumir frente al peronismo. En relación con el tema de las “etapas”, punto sensible para la ortodoxia comunista, puede observarse que en la Revista se produce un paulatino deslizamiento respecto de la posición del PC: desde afirmaciones acerca de que, en la Isla se cumplieron las fases “democrático nacional” y “socialista”, sólo que de manera “acelerada” (14), hasta la posición sustentada por J. W. Cooke quien, en una entrevista sostendrá que “la liberación nacional y la revolución social son la misma cosa”, adelantando de esta manera su crítica a la política “reformista” del PCA, desarrollada luego en un informe escrito para Fidel Castro en ese mismo año 1961, y que recién será publicado en nuestro país en 1973 (15).

En cuanto al tema de las “vías”, las notas y entrevistas que *Che* publicó no fueron más allá de la entusiasta justificación de la lucha armada en el proceso cubano pero nunca planteó abiertamente la cuestión para la Argentina. Sí pueden leerse entrevistas en las que F. Castro y E. Guevara señalan la ejemplaridad de Cuba para todos los pueblos que quieran liberarse del imperialismo y construir el socialismo, o Raúl Castro afirma que ellos -los cubanos- nunca quisieron “media revolución” (16). Sin embargo, y aunque la Revista no

fue más allá, la cuestión aparecerá reiteradamente –en la misma época- en la correspondencia de J. W. Cooke así como en declaraciones y documentos de E. Guevara (17) que, si bien no fueron reproducidas por los editores de *Che*, muy probablemente ya eran objeto de discusión entre la militancia radicalizada de la cual formaban parte.

Pero, paralelamente a este desarrollo de la cuestión cubana, la “coincidencia más fácil” según los testimonios, socialistas y comunistas –así como los socialistas entre sí- encontraban crecientes dificultades para marchar juntos en las cuestiones de política nacional, en particular en lo referente a la complejidad de las líneas internas que cruzaban al peronismo. Así, las diferentes posiciones a asumir frente a las elecciones a realizarse en Santa Fe en diciembre de 1961 (18), volvieron insalvables las diferencias: *Che* dejó de publicarse (19) y el grupo se dispersó. Y, al mismo tiempo que profundizaban sus disidencias dentro de los respectivos partidos, declinaban sus expectativas respecto de la utilidad de seguir apelando al recurso electoral, sobre todo a partir de la anulación de las elecciones que el peronismo ganó –con apoyo de la izquierda- en la Provincia de Buenos Aires en marzo de 1962 (20).

5- La izquierda socialista y la construcción de una nueva identidad política

Argumentaciones del tipo arriba mencionado muestran hasta qué punto pro peronismo y “cubanismo” se articulaban en el pensamiento y en la estrategia de la *izquierda socialista*, ya que el Frente con el peronismo era visto como la piedra angular de un proyecto que se integraría a la ola revolucionaria continental, cuyo su centro y fuente de inspiración estaban en Cuba.

La revista *Che*, que por entonces era el principal vocero del “cubanismo” en el país, a partir de la invasión que la CIA comandó sobre la Isla, reinstaló el tema con más fuerza aún y llenó sus páginas con crónicas y entrevistas remitidas por sus enviados, con proclamas del gobierno revolucionario y con atractivos titulares y grandes fotografías del Ejército Rebelde y de las Milicias Populares (21). La revista, que había nacido con el propósito de crear un ámbito para el acuerdo entre las izquierdas, ahora se reafirmaba en la convicción de que el punto nodal de ese acuerdo radicaba en la posición que se adoptara frente a Cuba y, consecuentemente, trazaba una línea que recorría transversalmente a los partidos, incluidos los de izquierda.

Como expresión del campo del “fidelismo”, las páginas de *Che* se abrían a la opinión de intelectuales y dirigentes de diversos orígenes políticos que, no sólo se pronunciaban en favor de la Revolución -y en contra del “imperialismo norteamericano”- sino que además, encontraban en ella la inspiración adecuada para resolver los problemas nacionales: así lo decían desde el sacerdote Hernán Benítez hasta Ezequiel Martínez Estrada o el radical Santiago del Castillo (22). Además, en esas y otras notas ya era posible advertir la presencia de varios de los temas que comenzaban a ocupar el centro de los debates en los ambientes politizados, tales como el de las “vías” para acceder al poder, el papel asignable a los mecanismos electorales y a la democracia “formal”, el “carácter” de la revolución, sus “etapas” y el papel de la “burguesía nacional”, temas que también tenían presencia en otras publicaciones de la época como *El Popular*, donde escribían intelectuales de orientación nacionalista popular y revolucionaria -Ismael Viñas, Alicia Eguren y John W. Cooke, entre otros- (23), o *Cuadernos de Cultura y Nueva Era* – que expresaban al comunismo.

Pero, dentro del PSA, importantes sectores –aún siendo fervientes defensores de la Revolución- no compartían ese tipo de perspectivas, y se resistían a homologar sin más a los campesinos cubanos con el proletariado argentino; más aún, no veían posibilidad de éxito a ninguna empresa política que intentara replicar a la “vanguardista” experiencia caribeña en nuestro país. Por otra parte, y aún reconociéndoles un papel pionero en América, no estaban dispuestos a que los temas “cubanos” se convirtieran en el norte de las iniciativas políticas de carácter nacional, y menos aún, a que en su nombre se borrarán fronteras e identidades partidarias. Además, a muchos militantes y dirigentes –incluidos Alfredo Palacios y Alicia Moreau- les disgustaba el creciente acercamiento de Cuba a la URSS y, desde hacía cierto tiempo venían tomando distancia respecto de la “justicia revolucionaria” –sobre todo en el tema de los fusilamientos a opositores (24).

A raíz de la invasión, exitosamente repelida por los cubanos, un enorme fervor se apoderó de las izquierdas; sobre todo entre su militancia más joven crecía la admiración por el pueblo cubano y “su vanguardia”, y se redoblaban las actividades de solidaridad. Las JJSS, junto con la FJC y otras juventudes políticas, fueron activas gestoras de múltiples iniciativas que rápidamente cristalizaron en la constitución del CONOJ (Comité Nacional de Organizaciones Juveniles); este organismo, en consonancia con el Secretariado

Latinoamericano de la Internacional Socialista recientemente reunido en Montevideo, promovía el apoyo a Cuba y, entre sus propósitos, incluía el de crear “brigadas internacionales” en caso de que la invasión se prolongara o se repitiera (25).

Para la *izquierda* socialista, organismos como éste constituían importantes ámbitos de reclutamiento y para muchos jóvenes sin experiencia política previa, esas actividades fueron la ocasión que facilitó su ingreso a la militancia; para otros, que ya tenían alguna trayectoria, fueron el nexo con grupos que portaban un discurso decididamente revolucionario: un caso frecuente fue el de los jóvenes que abandonaban las filas del frondizismo o el de algunos que hacían lo propio con la FJC, al sentirse atraídos por la posición socialista, más favorable a la lucha armada (26). También en este período, para muchos de ellos, comenzó a existir la posibilidad de viajar a la Isla y entrar en contacto con la “revolución”, sea por tareas solidarias o por cursos de formación política e instrucción militar, y según testimonios, “volvían fascinados” de Cuba (27). Muy frecuentemente, estos jóvenes, transformaban en identificación la admiración que les despertaban los también jóvenes “comandantes” y, podría decirse que en gran medida pasaron a considerarlos como su verdadera y real dirección política, con lo cual acentuaron el movimiento de deslegitimación que ya sufrían sus propias dirigencias partidarias (28).

Junto con la multiplicación de esos viajes, la presencia de algunos cubanos en ciertos grupos y círculos vinculados a los partidos, ponía en guardia a las direcciones (29). En el caso de los socialistas, esto agregaba tirantez a la relación de los *moderados* con la *izquierda*, aunque las exigencias de la “solidaridad” con la Revolución, obligaban a unos y otros a no ventilar públicamente esas diferencias ya que, el PSA era visto como el “más cubanista” de los partidos argentinos: con ese perfil, Palacios había ganado las elecciones y el Partido estaba teniendo una renovada afluencia de jóvenes a sus filas.

Medido en términos de las relaciones internas, el movimiento pro cubano fortalecía a la *izquierda*, y por eso mismo, tensaba las relaciones partidarias ya que en esas actividades los jóvenes “escapaban” de los controles partidarios pues circulaban por otros ambientes y se autonomizaban, generando sus propias relaciones políticas. Si bien la falta de contornos organizativos precisos y la fluidez de los intercambios que se producían en esos ámbitos hacen difícil reconstruir aquellas experiencias, diversos testimonios (30) hablan de relaciones, iniciativas e ideas que, a la manera de una verdadera red, ligaban a

grupos socialistas, comunistas, trotskistas, peronistas y nacionalistas entre sí y con Cuba: desde los periodistas vinculados a Prensa Latina (31) y los vínculos con emisarios de Ernesto Guevara y John W. Cooke, hasta las actividades del anarquista español Abraham Guillén (32), las múltiples acciones de solidaridad y propaganda y la realización de los viajes –mediante las llamadas “becas cubanas”- (33). Si bien el epicentro de esas actividades puede situarse en grandes ciudades, como Buenos Aires, Córdoba y Rosario, también alcanzaban a otras como Tucumán, Salta y Neuquén, además del Gran Buenos Aires (34).

Dentro de esta trama, los socialistas de *izquierda* construyeron gran parte de un poder que luego harían valer dentro del Partido ya que, eran ellos, quienes circulaban –y reclutaban- en ese ambiente en plena expansión y efervescencia, en el que los “viejos” casi no tenían presencia. Pero, a la vez, la pertenencia al partido en el que militaba Palacios les proporcionaba a ellos un capital político y unos recursos organizativos que podían hacer valer en el incipiente campo de la “nueva izquierda”.

6- Ámbitos de inserción de la izquierda socialista

Uno de los principales ámbitos de crecimiento de la *izquierda* socialista fue el universitario, particularmente el de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde la Juventud Universitaria Socialista (JUS), reunía una fuerza considerable; su papel ya había sido importante durante la “resistencia” al peronismo y, desde 1955, había acompañado la gestión “modernizadora” del rector José Luis Romero, junto con el frondizismo y otros grupos reformistas (35). A comienzos de 1960, su presencia se había afianzado en ésta y otras facultades en las que varios de sus militantes ocuparon cargos en los órganos del co gobierno universitario y en centros y federaciones estudiantiles, entre los que cabe mencionar a Juan Carlos Marín y Ernesto Laclau – consejeros estudiantiles-, y Hugo Calelo y Roberto Grabois -en organismos estudiantiles-. Además, en el Departamento de Sociología, actuaban desde su misma creación los ahora recién graduados Miguel Murnis, Torcuato Di Tella y Juan Carlos Marín (36). También tenían presencia en la Facultad de Derecho -donde se destacó Ricardo Monner Sans-, en Ciencias Económicas –donde, durante el peronismo, habían militado Abel A. Latendorf y Elisa Rando-, Ingeniería y Arquitectura.

La expansión de los socialistas -y también la de los comunistas- en el movimiento estudiantil entre 1960 y 1961, se debió en gran medida al derrumbe sufrido por el frondizismo universitario a partir de 1959, como consecuencia directa de la “traición” a los principios del reformismo universitario producida por la defensa frondizista de la llamada enseñanza “libre”. En el caso de la JUS, su política universitaria parece haber resultado de la combinación de los tradicionales principios reformistas con una acción agitativa centrada en “un vago insurreccionalismo a la cubana”, tal como lo afirman algunos testimonios y lo confirman tanto las notas dedicadas a la universidad en *Che* como los temas con los que convocaban a actos y conferencias (37). Desde el punto de vista de su sistema de alianzas, dentro de la Universidad oscilaron entre la unidad con los comunistas y el acercamiento a grupos próximos al “nacionalismo popular” y a la “izquierda nacional”; estas oscilaciones no tardarían en producir escisiones o desgajamientos en la JUS que, a veces, no hacían más que anunciar los que luego viviría el Partido mismo (38).

Otro ámbito de crecimiento de la Juventud fue el de los estudiantes secundarios, nucleados en la Agrupación Secundaria Socialista (ASES). ASES, como la JUS, estaba estrechamente vinculada con el Comité de la Federación Socialista de la Capital, a través de la cual recibían cursos teórico-doctrinarios. En esos cursos, dictados entre otros por Juan Carlos Marín, Ana Gutman y Ponciano Torales, se leían autores que, como Lenin, resultaban novedosos en los círculos socialistas -como en los radicales y peronistas-, aunque eran ampliamente conocidos entre los jóvenes comunistas; por entonces, Lenin sufriría una especie de redescubrimiento, sobre todo el *Qué Hacer*, que comenzó a ser visitado con frecuencia cuando al instalarse el tema de la “revolución”, la militancia no cesaba de interrogarse acerca del tipo de “organización” que la “vanguardia” debía construir. Junto con Lenin, circulaban también los trabajos del “joven Marx” y los de Mao Tsé Tung así como los de Ernesto Guevara y los de Elías Semán sobre Cuba (39); y, en un plano más vinculado a la actualidad política y cultural, *Che* gozaba de amplia difusión.

Para los jóvenes socialistas, ASES y las agrupaciones universitarias fueron tal vez la experiencia más extendida de realización de trabajo político por “frentes”, en lugar del tradicional centro partidario; organizados en “núcleos” –una forma de decir “células”-, escapaban bastante del control de los centros barriales, aunque colaboraban con ellos en tareas vinculadas a la propaganda, los actos públicos y las campañas electorales. Además,

en su ámbito, generaron una organización de autodefensa -FACÓN -, destinada a enfrentar el recrudecimiento de la actividad de grupos ultranacionalistas y antisemitas como Tacuara (40).

Este segundo crecimiento de la Juventud del PSA –el primero había sido en 1955-56- parece haberse debido, sobre todo, a su carácter de principal propagandista de la Revolución Cubana y al hecho de haberse desprendido de la imagen “gorila” que hasta hacía poco había perseguido al Socialismo. La confluencia de estos dos rasgos, que les permitía unir lo popular y lo revolucionario en su discurso (41), resultaba muy atractiva tanto para jóvenes con formación de izquierda como para los que carecían de ella; muchos de estos últimos, originarios de sectores que muy recientemente habían tenido la experiencia del ascenso social, accedían por primera vez a los círculos políticos e intelectuales de clase media que, por su parte, estaban en pleno proceso de “modernización”; en ese nuevo ambiente, la combinación de brillo intelectual y compromiso político resultó ser un atractivo adicional que permitía, además, dejar atrás un mundo culturalmente más chato y tradicionalista. Frente a otras opciones políticas de izquierda, el PSA parece haber despertado un interés especial derivado de su carácter “abierto y ecléctico”, si se lo compara con el estilo más ortodoxo y disciplinado del PC (42).

Este desarrollo, considerablemente autónomo respecto de la estructura del Partido, no podía sino generar tensiones; la vida partidaria, pese a la renovación del discurso que siguió a la ruptura de 1958, no innovaba demasiado respecto del tradicional estilo socialista con eje en los centros, en las actividades internas de la organización –elecciones, congresos- y en las tareas proselitistas en períodos electorales. En contraste, los contingentes juveniles que desarrollaban el grueso de su actividad en “frentes” ajenos a lo barrial, se abrían a otros grupos y entraban en contacto con otras ideas. De esa manera, había conseguido romper el aislamiento en que había quedado encerrado el Socialismo y habían logrado que PSA tuviera un lugar en el campo de la izquierda -e incluso que cosechara algunos éxitos electorales-. De esta manera, los dirigentes juveniles de *izquierda*, construyeron un prestigio que no podía sino impactar y despertar resistencias en el Partido y despertar resistencias ante la posibilidad de que se invirtieran las relaciones de fuerza vigentes y fuera puesta en duda la preeminencia de los *moderados*. Si bien las tensiones

siempre habían existido y no habían faltado las despectivas alusiones al “partido de los universitarios”, ahora los *moderados* hablaban más claramente de la existencia de “un partido dentro del Partido” (43) y veían con verdadera preocupación cómo el liderazgo de los jóvenes izquierdistas se asentaba en muchos centros de la Capital, del Gran Buenos Aires -y también en algunos del interior del país.

La situación se presentaba diferente para el PSA en el campo de la actividad sindical; pese a que desde 1958, se había intentado dar nuevo impulso a las comisiones gremiales –e incluso se había creado un Departamento Gremial-, la inserción socialista en el ámbito de los trabajadores fue mucho más débil que en los sectores medios. Si bien contaban con algunos dirigentes como Augusto Grano (comercio), Luis Bergonzelli (textil), Lucio Luna (maderero), Máximo Baringoltz (viajantes), César Prieto (bancario), Vicente Pucci (ferroviario), Rinato Vasallo (maderero) o Américo Foradori (docente) (44), sus fuerzas siempre fueron escasas. Estos dirigentes, por lo general, tenían una perspectiva de tipo socialdemócrata –“tradeunionista”, según la *izquierda*- y, dentro del Partido, tendían a coincidir políticamente con los *moderados*, mientras que en el ámbito sindical oscilaban entre encuadrarse con los “independientes” o acercarse a los comunistas en el MUCS. Si bien no participaban del “gorilismo” de los “32 Gremios Democráticos” –donde seguían militando los *ghioildistas*-, tampoco estaban dispuestos a subordinarse a las “62 Organizaciones” peronistas; algunos de estos dirigentes, en particular los de la Federación de Empleados de Comercio de la Capital –dirigida por Alfredo March- animaban una “escuela” de formación sindical, cuya línea de trabajo si bien buscaba “politizar” al movimiento obrero, estaba lejos de la agitación revolucionaria propiciada por la *izquierda* (45).

En cambio, aquellos que eran más próximos a la *izquierda* tendían a privilegiar los contactos con los “duros” de las “62” -ceranos a Cooke, con quienes compartían una perspectiva de tipo insurreccional. Sus dirigentes apoyaban las acciones de la “resistencia peronista”, pues en ella veían la chispa que permitiría desatar el potencial revolucionario de la clase obrera; lejos de intentar “reeducar” a los trabajadores, alejándolos de su identidad peronista, entendían que ésta correspondía a una etapa de su desarrollo; la clase obrera sólo podría acceder a un estadio superior, si la izquierda se decidía a “ir” hacia ellos y

contribuía a su “revolucionarización”. Por eso, siempre estuvieron más cerca de dirigentes combativos peronistas, como Sebastián Borro, Jorge Di Pasquale o Juan Jonch, que de sus propios compañeros del Departamento Gremial (46). En la colaboración con la “resistencia”, además de los vínculos “operativos” establecidos por algunos dirigentes, tuvieron un importante papel los abogados socialistas que fueron activos defensores de los “presos conintes” -entre ellos Enrique Hidalgo, Ricardo Monners Sans, Roberto Pastorino y el mismo Palacios-, y también las campañas de denuncia encaradas por *LV* y otras publicaciones socialistas (47).

Pero, tal como ha sido señalado por diversos autores hacia 1961-1962, las posibilidades de ese sector para incidir en el conjunto del sindicalismo peronista se estaban reduciendo ya que, si bien los gremios intensificaban su presencia en el escenario nacional, más que provocar enfrentamientos disruptivos, presionaban al gobierno por decisiones que aminoraran los efectos de la “racionalización capitalista” que, a nivel de las relaciones laborales, los había puesto a la defensiva. En consecuencia el discurso de los “duros” -al que *izquierda socialista* se asociaba- ya no contaba con el respaldado de movilizaciones masivas, como en 1959, y tendía a cumplir una función más bien retórica. Y si bien en algunos casos, como el de la larga huelga ferroviaria de fines de 1961, el conflicto gremial dio lugar a violentas protestas, ello no alcanzó para alterar la tendencia general. Las diatribas de la *izquierda socialista* y peronista contra los dirigentes a los que consideraba ganados por el “integracionismo”, no hacen sino mostrar los obstáculos con que tropezaba la instrumentación de una línea insurreccionalista en el mundo de los trabajadores, cuando en el plano sindical se estaba completando la “normalización” y en el político-electoral se avanzaba hacia alguna forma de legalización del peronismo (48). Sin embargo, pensaban que ninguna de las soluciones instrumentadas por el “sistema” daría satisfacción a la clase obrera ni impediría que su potencial revolucionario finalmente se expresara. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos mostrará que, para algunos sectores de la *izquierda*, “vía insurreccional” aparecerá cada vez más ligada a la necesidad de construir una vanguardia político-militar, que como consecuencia directa y espontánea de una huelga general o de la inorgánica “resistencia” peronista.

NOTAS

- 1- Entrevista a A. A. Latendorf, octubre 2000).
- 2-- Entrevistas a J. C. Portantiero, junio 1999; J. Constenla, octubre, 2000; I. Gilbert, diciembre 2001, y la ya mencionada a A. A. Latendorf).
- 3- *Che* 16, 17 y 23.
- 4- *Che nos.* 7, 9, 13, 22, 24 y 25.
- 5- Particularmente las notas de P. Giussani -en todos los números-, y también las de C. Barbé.
- 6- Solía nombrarse así el programa en base al cual A. Frondizi ganó las elecciones realizadas el 23 de febrero de 1958.
- 7- El MLN, orientado por I. Viñas adoptaría posiciones típicas de la “nueva izquierda”, mientras que otros ex frondizistas constituyeron agrupaciones como el Movimiento Nacional y Popular que tendían a coincidir con el PC, o formaban parte de partidos que los comunistas consideraba “amigos” –tal el caso del Partido del Trabajo y el Progreso que participó en las elecciones en Santa Fe, en diciembre de 1961.
- 8- Barbé, C., “Hay que poner un senador en órbita”, *Che n° 4*, 25-10-60
- 9- Latendorf, A. A., “Cuba plebiscitada en Buenos Aires” y Barbé, C., “Más allá de la euforia”, *Che n° 8*, 17-2-61.
- 10- Giúdice, E., “El 5 bajo la lupa”, *Che n° 8*, 17-2-61.
- 11- Rando, E., “Socialismo argentino y socialismo democrático”, *Che n° 9*, 9-3-61.
- 12- Giussani, P., “Don” y Latendorf, A. A., “Me despido de Ud. muy atentamente, Dr. Palacios”, en *Che n° 15*, 2-6-61.
- 13- Portantiero, J. C., “Qué es Cuba socialista?”, *Che n° 18*, 13-7-61; Portantiero, J. C., “Detenerse es retroceder. Con Raúl y el Che en Santiago de Cuba”, y Benítez, H., “Definición católica sobre Cuba”, *Che n° 19*, 27-7-61; *Che nos.* 20, 21 y 22, agosto y septiembre 1961 (sobre la Conferencia de Punta del Este).
- 14- Ver nota anterior.
- 15- “Reportaje a J. W. Cooke”, *Che n° 22*, 8-9-61. La Revista Pasado y Presente n° 2/3 de Julio/ diciembre 1973, publicó por primera vez en el país el documento de J. W. Cooke “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, en el cual además de sus críticas al PC, se dirige a los sectores peronistas que “no comprenden que los procedimientos de 1945 tampoco sirven ahora para nosotros”.
- 16- Ver nota 13.
- 17- Por ejemplo, Guevara, E., “Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia de la lucha contra el colonialismo?”, *Revista Verde Olivo*, La Habana, 9-4-61.
- 18- En esas elecciones el peronismo concurre dividido: una parte con el Partido Tres Banderas y la otra con el Partido Laborista –apoyado por las “62 Organizaciones” y al cual se sumó el PSA -Secretaría Tieffenberg (en el que se ubicaban los socialistas de “Che”); el PSA- Secretaría Visconti presentó sus propios candidatos; y el PC propició la fórmula del Partido del Trabajo y del Progreso, cuyo candidato a vice gobernador era el ex vicepresidente de A. Frondizi, A. Gómez.
- 19- Si bien la Revista fue clausurada por el gobierno a raíz del artículo especialmente belicoso “Ya no puede haber huelgas lampiñas”, firmado por J. Constenla en *Che n° 27* del 17-11-61, la autora explica –en entrevista citada- que las verdaderas causas del fin de la Revista radicaron en las mencionadas disidencias.
- 20- A raíz del triunfo de la fórmula peronista encabezada por A. Framini, las Fuerzas Armadas presionaron al Presidente Frondizi y lograron que éste anulara las elecciones. Pese a ello, el
- 21- ver en especial, *Che n° 12, 13, 14, 15, de abril a junio de 1961*. Puede considerarse que este ciclo de la revista continúa hasta el n° 22, de agosto de 1961, cuando culmina la Conferencia de la OEA en Punta del Este; algunos títulos: en *Che n° 12, 20-4-61*, tapa “Cuba de pie ¡No pasarán! y foto de soldados cubanos marchando, “La invasión militar” (por L. A. Cousillas), y también se hace notar que en Chile, la Central Obrera, declaró un paro de 24 horas mientras que entre nosotros la CGT permaneció indiferente; en el n° 13, 5-5-61, la tapa muestra una pared y graffiti que dice “Pardón... o no?”, además “Cuba socialista en la hora de su triunfo”, y una nota de A. A. Latendorf, “Goliat acusa la pedrada”. También en *LV 19-4-61* (con titular en rojo y gran foto de manifestación popular en Cuba) “Yankis asesinos”, “Desde EEUU y Guatemala partieron los mercenarios”.
- 22- H. Benítez, “Definición católica sobre Cuba”, *Che n° 19*, 27-7-61; Ezequiel Martínez Estrada, “Por qué estoy en Cuba”, *Che n° 13*, 5-5-61, además e el mismo número, “Carta de un argentino en Cuba” (alguien que está colaborando con la revolución), y “Habla para *Che* Santiago del Castillo” . S. del Castillo, dirigente de la UCRP afirma que “el pueblo se define hacia la izquierda”, al comentar el triunfo del PSA en Capital y el buen desempeño del pro-comunista Partido del Trabajo y del Progreso –PTP- en las municipales de marzo en

Santa Fe, y propugna la creación de un Frente cuya “gran bandera” sea la de los “ideales de la revolución cubana”; considera que, para integrarse a ese Frente, en su partido debería producirse una profunda renovación y que muchos de sus dirigentes deberían dar “un paso atrás”.

23- *El Popular* era una publicación típica del “nacionalismo popular”.

24- en cambio, la *izquierda*, además de los títulos, publicaba en *Che n° 10*, 23-3-61, una columna firmada por Ernesto Guevara, “Un pecado de la Revolución”, en la que éste reflexionaba sobre los “errores” de tolerancia que la Revolución había tenido frente a miembros corruptos del gobierno, a los que no había castigado convenientemente. R. Monner Sans (entrevista) recuerda que, a su regreso de Cuba y antes de ganar la senaduría, Palacios ya solía decir que Fidel lo había “decepcionado” porque se había hecho “comunista”; una vez convertido en senador, al producirse la invasión en abril, Palacios no hizo el discurso que de él esperaba la *izquierda*, con lo cual se acentuó el distanciamiento; además, por la misma época efectuó declaraciones en favor de disidentes políticos cubanos que estaban siendo juzgados en la Isla, aunque corresponde señalar que nunca se prestó a campañas promovidas por los cubanos anticastristas en Argentina.

25- en el CONOJ participaban, además de las JJSS -incluidas sus organizaciones universitarias (JUS) y secundarias (ASES)-, la FJC, la Juventud del Partido Demócrata Progresista, la FUA, la FUBA, la Confederación de Estudiantes Secundarios, el Movimiento Popular Argentino (disidentes de la UCRI) y muy pocas organizaciones de carácter gremial (una de ellas fue las de Empleados de Comercio); en *LV 17-5-61*, se critica a los sindicatos argentinos porque son “tibios” en relación con Cuba. El Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista, tenía sede en Montevideo y en esa ciudad se había desarrollado la reunión de la que participaron D. Tieffenberg y A. A. Latendorf. En junio ya estaba conformada en Córdoba la primera Federación Provincial de Solidaridad con Cuba, de la que participaban el PSA, el PC, la Intransigencia Nacional de la UCRP, el MUCS, el MPA; después del acto, que se realizó en un domicilio particular pues la policía prohibió el que estaba programado en la Federación Universitaria, se anunció que ya se habían alistado 150 voluntarios para las Brigadas Solidarias, *Che n° 16-6-61*, “Cuba en Córdoba”. Ver también *NP 12-12-61* sobre el Congreso de las Juventudes por la Liberación Nacional, convocado por el CONOJ, del que participarían: FUA, JJSS, JC, JP La Plata, Juventud de la Intransigencia nacional-UCRP, Juventud Demócrata Progresista, MLN, PTP, Comisión Juvenil del MUCS, Confederación Argentina de Estudiantes Secundarios, Movimiento de Voluntarios de Apoyo a Cuba, entre otros.

26- varios *entrevistados* (A. Celentano, A. Díaz, N. Ciaravino) que no provenían de familias socialistas, señalan que durante ese año 1961 tuvieron sus primeros contactos con el PSA, siendo ellos estudiantes universitarios o secundarios; el primero, que provenía de la Juventud de la UCRI de Entre Ríos, considera que muchos de los jóvenes radicales “desencantados” con Frondizi hicieron un recorrido hacia la izquierda similar al suyo, siendo los “destinos” más frecuentes el PSA y el MLN, aunque anota que algunos ingresaban al PC; el segundo, que por entonces era un estudiante secundario de Lanús y no tenía militancia previa, señala la atracción ejercida sobre su generación por la Revolución Cubana y la simpatía que en ella despertaban los planteos orientados hacia la lucha armada -planteos que ya eran frecuentes entre los socialistas de *izquierda* o “vanguardistas”, destaca, además, el papel que en tal sentido cumplió la revista *Che*; el tercero, universitario de Córdoba y militante “reformista”, afirma que “el partido de vanguardia” lo atrajo porque no era “gorila” como el PS. En una entrevista realizada por Hugo Gambini, Juan Carlos Torre –que por entonces militaba en el reformismo universitario- afirma: “Las agrupaciones reformistas tenían todas las variantes de la izquierda. Yo militaba con los comunistas, que en ese momento eran los más moderados, porque los socialistas vivían fascinados con la revolución cubana, que para nosotros era una aventura pequeñoburguesa. Hoy cuesta entenderlo, pero era así...”, *LN 29-5-2005*.

27 entrevista a E. Hidalgo, que por entonces era junto con Latendorf, uno de los principales dirigentes de la *izquierda* socialista.

28- varios *entrevistados* hablan sobre la deslegitimación de dirigencia socialista tradicional, por su “reformismo” y su “antiperonismo”; Ricardo Monner Sans (por entonces uno de los más jóvenes), explica que, respecto de A. Ghioldi, el pasaje del respeto al desprecio político se debió a que “en la Argentina comienzan a crecer dos o tres convicciones: una, que el anticomunismo (luego, anti-cubanismo) era la manera de hacerle el juego a la derecha y al imperialismo, y la otra, que el antiperonismo era la manera elegante de ser anti obrero”; por ese camino, bastante rápidamente se acercaron al peronismo, y agrega que, ellos (él mismo, E. Hidalgo y R. Pastorino), rápidamente pasaron a defender presos políticos y gremiales peronistas.

29- diversos *testimonios*, tanto de socialistas como de comunistas hablan de una activa presencia de cubanos en los círculos de izquierda; M. Gravidker e I. Gilbert, que militaban en el PC, dicen que la actividad “divisionista” de los cubanos era una de las causas de la tirantéz con el gobierno de la Isla. En realidad, las

relaciones de los socialistas con los cubanos del “26 de Julio” llevaban ya varios años: al menos desde 1957, algunos enviados del “26” eran recibidos y protegidos por los jóvenes socialistas.

30- muchos *entrevistados* (S. Colabella, R. Monner Sans, H. Calelo y otros), aluden -sin dar precisiones- a lo que podría denominarse la “red cubana”: relaciones, contactos, iniciativas, discusiones; otros más bien eluden el tema y se refieren sólo a la posición oficial del Partido y de su *izquierda* sobre la Revolución.

31- sobre el ambiente de intelectuales, periodistas y militantes de fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, y de los círculos que rodeaban al grupo de Prensa Latina, J. Constenla (2004), M. Merkin (2004), L. Giussani (2005), G. Rot (2000), E. Arrosagaray (2004), entre otros.

32- A. Guillén era un republicano español (anarquista), vinculados a los movimientos insurgentes latinoamericanos.

33- *LV* registra una gran cantidad de esas actividades; a modo de ejemplo, *LV 19-4-61*: “Amplio apoyo al heroico pueblo cubano y su revolución” -declaración de la Comisión Nacional de Solidaridad con la Revolución Cubana-; “De las Juventudes Socialistas”, informa que el Consejo Central de las JJSS “moviliza” a toda la Juventud Socialista Argentina para apoyar y defender a Cuba “por todos los medios a su alcance”; también se transcriben comunicados de la Federación Socialista de la Capital, de la FUA, del CONOJ, y uno de la Embajada Cubana.

34- noticias aparecidas en la prensa dan cuenta de dichas actividades: *LR 4-5-61* y *LV 10-5-61* informan sobre la detención de 35 personas que, en Salta participaban de una charla a cargo de Alexis Latendorf, en una reunión que había sido organizada por la Federación Socialista y de la cual participaban afiliados e “invitados de otros partidos”; se dice que la policía los interrogó acerca de supuestas relaciones con el general peronista Iñiguez –máximo dirigente del COR, que el 30-11-60 había producido el último intento de golpe pro peronista-, ver D. James (1990: 102). En *LV 17-5-61* se informa que el 1º de mayo, en Presidente Roque Sáenz Peña –Chaco-, fueron detenidos 8 afiliados socialistas que pegaban carteles a favor de la Revolución Cubana.

35- el historiador socialista J. L. Romero había sido Rector- Normalizador en la UBA, en 1955.

36- sobre el papel de los universitarios socialistas, ver M. Toer (1988), R. Almaraz, et al (2001), y las entrevistas a E. Laclau y M. Murmis, realizadas por González (1997) y M. C. Torti y G. Soprano (2004). En los primeros años del pos- peronismo, otros dos destacados dirigentes universitarios, fueron los “frondizistas” José Nun y Carlos Barbé –quien, participó del grupo editor de *Che*. Sobre la actividad de las JUS pueden encontrarse referencias en *Futuro Socialista* y en *LV* (avisos convocando a reuniones de las JUS de Derecho, Ciencias Económicas, Medicina, Filosofía y Letras), por ejemplo, en *LV 5-4-61*. En el Departamento de Sociología M. Murmis y J. C. Marín desempeñaron un papel fundamental, al lado de Gino Germani, en la misma creación de la Carrera; T. Di Tella sucedió a Germani en la Dirección del Departamento (*entrevistas a M. Murmis, T. Di Tella, J. C. Marín, S. Colabela, H. Calelo*), ver también A. Germani (2004).

37- ídem nota anterior. La cuestión universitaria recibía escasa atención en *LV*, aunque sí se anunciaban actos por Cuba, como aquél en el que Palacios presentó en la Facultad de Ciencias Económicas a estudiantes cubanos y al presidente Dorticós, o a la madre del “Che”, Celia Guevara, en la facultad de Derecho. En M. Toer, *op. cit.* p. 72 y 73 se afirma que cuando, más adelante los socialistas de izquierda –o de “vanguardia”- entraron en el “delirio” (presumiblemente se refiere a la agitación en torno del tema de la lucha armada, años 1962-63), dejaron mayor espacio para la expansión de la FJC.

38- una importante ruptura se produjo cuando Ernesto Laclau, al frente de un grupo de estudiantes de Filosofía y Letras, abandonó la JUS para luego ingresar al Partido Socialista de la Izquierda Nacional –PSIN-, liderado por Jorge Abelardo Ramos

39- según explica E. Pernas (*entrevista*), la “irrupción del leninismo” era parte componente de la radicalización que por entonces experimentaba el socialismo: junto con la experiencia cubana, constituía una respuesta frente a la crisis que por entonces mostraban las “soluciones democráticas”. Además de los entrevistados que militaban en la *izquierda socialista*, otros protagonistas de la época dan cuenta de este renovado interés por Lenin, tal el caso de J. C. Cibelli (*entrevista*), que fue miembro del grupo originario de las FAL (Fuerzas Argentinas de Liberación); Cibelli agrega que, aunque eran críticos del PC -al que consideraban insuficientemente “revolucionario”-, se nutrían teóricamente de las obras que publicaban sus editoriales. En cuanto a las obras de E. Guevara, a comienzos de 1961, ya habían sido publicadas “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana” y “Cuba: excepción o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?”.

40- A. Díaz (entrevista), recuerda que existían “núcleos” de ASES en los barrios de Once, Liniers, Mataderos y en Zona Norte –Olivos, San Isidro, Acasusso-; según el mismo entrevistado, en los “núcleos” de Zona Norte, con frecuencia militaban hijos de “familias bien” que habían sufrido un cierto deterioro en su posición social; por otra parte, marca la diferencia entre esos grupos y los de la zona de Tigre -donde militaba Manuel Dobarro- ya que en este último caso, se trataba de “grupos operativos” que, además, tenían otra composición social -de carácter más popular-, y eran los que más se ligaban con la “resistencia peronista”. D. Vilá (entrevista) refiere que el grupo de autodefensa “FACON”, tuvo presencia al menos en los Colegios “Mariano Moreno” y “Sarmiento” de la Capital, y que la sigla les permitía decir “Facón corta Tacuara” –en alusión a la organización ultranacionalista; según A. Dandan y S. Heguy (2006: 109), la sigla significaba Federación Argentina Contra las Organizaciones Nazis.

41-N. Ciaravino (entrevista), que era militante “reformista” en Córdoba, explica que su adhesión se debió a que este partido, a jóvenes como él, les brindaba la posibilidad de acercarse al peronismo –que era lo que “la juventud buscaba”. A A. Celentano (entrevista), que provenía de la UCRI de Entre Ríos, lo atrajo el “cubanismo” y el hecho de que se hubiesen desprendido de A. Ghioldi, a quien despreciaba. R. Monner Sans (entrevista), de tradición socialista, resume –entre descriptivo e irónico-: “éramos los más izquierdistas de todos”.

42- algunos entrevistados, que provenían de ambientes católicos destacan también la importancia que para ellos tuvo el liberarse de la “opresión moralista”.

43- si bien esa frase aún no eran pronunciadas públicamente, la preocupación aparecía a través de expresiones tales como las afirmaban que en el Socialismo no había lugar para un enfrentamiento generacional, o que dentro del Partido había grupos “que no eran socialistas”, o que las JUS y el Partido “había un vínculo poco claro”, LV 22-3-61.

44- LV 6-9-61, menciona agrupaciones socialistas en metalúrgicos, textiles, municipales, automotor, gráficos, mercantiles, químicos, bancarios, tabaco, transporte. Con frecuencia se publican convocatorias a reuniones de Centros para temas gremiales, por ejemplo a los de Zona Oeste (Morón, Ituzaingó, Merlo, Moreno, Cortejarena, F. Álvarez, Luján, Haedo, R. Mejía, Ciudadela, La Salada, Hurlingham).

45- en esa escuela de formación sindical se promocionaban los métodos y formas de organización obrera desarrolladas por el “moderno sindicalismo europeo” (sobre todo, Suecia, Noruega, Alemania) y se impartían cursos referidos a Historia del Movimiento Obrero, Derecho Laboral, Organización Sindical y Economía, complementados por otros sobre Psicología, Sociología, Periodismo, Oratoria y, también, Educación Cívica, Redacción y Cooperativismo, ver Luciano Martins, “Formación sindical de los trabajadores”, en *Sagitario* n° 27, agosto 1960 (*Sagitario* promocionaba este tipo de actividades y de línea de política sindical). Además del mencionado Martins, entre los encargados de dichos cursos se encontraba el economista Héctor Diéguez. Máximo Baringoltz (vitivinícola y luego viajante); Baringoltz, junto con los también socialistas de comercio Morera y A. Grano, integró la Mesa Directiva del MUCS, ver LV 9-6-59. Según A. Díaz (testimonio) estos sindicalistas del PSA solían utilizar consignas poco acordes con la propaganda de la izquierda, y más bien recurrían a las típicas del PC como la que llamaba a “conformar comandos unitarios de comunistas, socialistas y peronistas”.

46- como ya se ha dicho, el principal asiento de la izquierda estaba en la Federación de la Capital, cuyo Secretariado Gremial estaba integrado por Edgardo Villarino, Genio Epifanio, Emilio Janín, Isaac Ramos y Pedro Berlín, ver LV 22-3-61 y 1-5-61. En opinión del ex militante del PC I. Gilbert (entrevista), la izquierda socialista carecía de una presencia apreciable en los medios sindicales y, según sus palabras, “consideraban como ‘tropa propia’ a los peronistas Borro, Di Pasquale y Jonch”.

47- diversos episodios relacionados con la defensa de los “presos conintes” son relatados por E. Hidalgo y R. Monner Sans (entrevistas); las defensas no incluían sólo a detenidos gremiales sino también a los estrictamente políticos, como fue el caso de algunos “uturuncos”. Dos de los dirigentes socialistas más insistentemente mencionados en los testimonios, por su relación con la “resistencia peronista”, son Manuel Dobarro y Marino Massi. Por otra parte, una vez que asumió en el Senado, Palacios fue una voz permanente por la derogación de las leyes represivas, la libertad de los detenidos y la investigación de casos de tortura. Por otra parte, LV publicaba con mucha frecuencia avisos de la peronista COFADE (Comisión de Familiares de Detenidos), ver LV 1-2-61, 22-2-61, 29-3-61, 12-4-61. LV y *Sagitario* desarrollaron una intensa campaña de denuncia del Plan Conintes –sobre todo en notas firmadas por Carlos Sánchez Viamonte-, y *Che* publicó varias entrevistas a detenidos o a sus familiares, entre los que se destacan las efectuadas a Alberto Burgos y Margarita Ahumada –esposa del militar peronista Ciro Ahumada-, entre otros, ver *Che* n° 10, 23-3-61 y n° 26, 3-11-61. Llamativamente, la extensa bibliografía testimonial proveniente del peronismo, no suele hacer mención de estos hechos.

48- además del espacio dedicado a los conflictos gremiales por *LV* –que muchas veces titulaba con ellos-, desde *Che*, la *izquierda* seguía atentamente la cuestión sindical relacionándola permanentemente con las posibilidades de los “duros” dentro del peronismo. En este período, un tema que concitó gran interés fue el de la “devolución” de la CGT a los gremialistas; la sede de la central fue devuelta el 16-3-61, a la “Comisión de los 20” - integrada por 10 peronistas y 10 “independientes”-, cuyo Secretariado estaba integrado por Andrés Framini, Juan Laholaberry, Augusto T. Vandor y Rosendo García -por las “62”-, Arturo Stafolani y Enrique Coronel -ambos de La Fraternidad-, y Riego Ribas y Antonio Mucci –ambos gráficos- por los “independientes”, quedando excluidos los dirigentes del MUCS -aunque integraban la “Comisión de los 20”-, ver *J. Godio (1991:73-74)*, *R. Potash (1985: 440)*., *D. James (1990)* ha señalado que, efectivamente, ya desde 1960, pese a la gran actividad de las “formaciones especiales” de la “resistencia”, podía apreciarse el comienzo de un alejamiento entre las bases y los “comandos”, y también una tendencia a la “burocratización” de los dirigentes sindicales. Como otros autores, James relaciona la mayor “pasividad” de los trabajadores con las derrotas sufridas durante el año anterior y la aplicación del Plan Conintes. *J. C. Torre, op. cit*, señala además que por entonces los sindicatos tenían más capacidad de presión a nivel político -es decir, para amenazar al gobierno con la desestabilización- que en el plano económico, por lo que a su juicio, el discurso amenazante que emparentaba el regreso de Perón con la revolución cubana, era fundamentalmente “retórico”, pues la revolución social no estaba en el horizonte de la mayor parte de la dirigencia.